

Diario Sin Nombre

To speak evil of no man, to be no brawlers, but gentle, shewing all meekness unto all men. Because the meek shall inherit the earth; and shall delight themselves in the abundance of peace.

lunes 28 de enero de 2008

Se ha publicado **Entre Mareas**, de Joseph Conrad, su recopilación de 1915

Entre Mareas, un volumen con cuatro novelas de Joseph Conrad ha sido editado por la editorial sevillana [El Olivo Azul](#). Estas novelas, en el sentido que tiene la palabra novella para el entendido del género, fueron recopiladas en 1915 por el autor.

Nos complace anunciarles que acaba de ver la luz este volumen de cuatro novelas cortas que Joseph Conrad recopiló en 1915: *El hacendado de Malata* (1914), *Por culpa de los dólares* (1914) -ambas inéditas en castellano desde 1931-, *El socio* (1911) y *La posada de las dos brujas* (1913). El lector, que no podrá abandonar la lectura una vez empezada, encontrará en estas historias la quintaesencia del universo narrativo de Conrad: personajes solitarios que pretenden, casi siempre en vano, hacer el bien, conflictos morales de imposible solución, cadáveres, intrigas y el mar, el mar omnipresente de fondo.

(El Olivo Azul)

La información de la nota promocional revela uno de los aspectos que más definen a Conrad. Casi siempre los personajes se enfrentan a un dilema moral, a un

acertijo ético que muchas veces no son capaces de resolver. ¿Por que leer a

Conrad a los 150 de su nacimiento? Por párrafos como éste:

—La vigilancia de la policía y la severidad de los magistrados. La lenidad corriente del procedimiento legal en este país y la completa ausencia de toda medida represiva son un escándalo para Europa. Lo que ahora se busca es acentuar la inquietud, los fermentos que sin duda existen.

—Sin duda, sin duda— interrumpió Mr. Verloc en tono grave, deferente y oratorio, distinto por completo del que había utilizado antes, tan distinto que su interlocutor quedó estupefacto—. Existen en un grado peligroso. Mis informes de los últimos doce meses lo ponen bien de manifiesto.

—Sus informes de los últimos doce meses— comenzó el Consejero de Estado Wurmt, con su tono gentil y desapasionado— han sido leídos por mí. No logré descubrir por qué los escribió usted.

Durante unos pocos minutos reinó un triste silencio. Parecía que Mr. Verloc se había tragado la lengua; el otro miró fijamente los papeles que estaban sobre el escritorio. Por último los apartó hacia un costado.

—El estado de cosas que usted expone aquí, es el que se asumió como existente y como primera condición de su empleo. Lo que se requiere en el momento actual no es escribir, sino producir un hecho distinto, significativo, yo hablaría más bien de un hecho alarmante.

—No necesito asegurar que todos mis esfuerzos estarán dirigidos a ese fin— dijo Mr. Verloc, modulando de modo convincente su ronco tono conversacional. Pero el presentimiento de una mirada atenta y

centelleante por detrás de los opacos anteojos, al otro lado de la mesa, lo desconcertaba. Se detuvo bruscamente con ademán de absoluta devoción. El eficiente y laborioso, el oscuro miembro de Embajada, tenía el aspecto de estar impresionado por un pensamiento repentino.

(...)

Su Excelencia tenía la revolución social en el cerebro. Se consideraba a sí mismo un diplomático puesto, a un lado, por especial designio, para observar el fin de la diplomacia y, en muy poco tiempo más, el fin del mundo, en medio de un horrendo, democrático cataclismo. Sus proféticos y dolientes despachos habían sido durante años la burla del Ministerio de Relaciones Exteriores. Se decía que, en su lecho de muerte, al ser visitado por su amigo y amo imperial, había exclamado:

—¡Desgraciada Europa! ¡Y habrás de perecer en razón de la insania moral de tus criaturas!

Mr. Vladimir sostuvo la profunda mirada inquisitiva con serenidad perfecta.

—Lo que queremos es administrar un tónico a la Conferencia de Milán — dijo con gracia—. Esas deliberaciones acerca de la acción internacional para la supresión del crimen político no parecen ir a ningún lado. Inglaterra remolonea. Este país, con su consideración sentimental por las libertades individuales, resulta absurdo. Es intolerable pensar que todos sus amigos, con sólo pasarse a...

—En ese aspecto los tengo a todos bajo mi vigilancia interrumpió la voz ronca de Mr. Verloc.

(...)

—Habría mucho más que hacer en cuanto a tenerlos bajo llave. Inglaterra debe ser puesta en línea. La imbécil burguesía de este país se ha convertido en cómplice del propio pueblo, y su único objetivo es sacarlo de sus casas y llevarlo a morir de hambre en las trincheras. Y ellos aún tienen el poder político, aunque sólo tuvieron criterio para utilizarlo en su preservación. ¿Supongo que usted estará de acuerdo en que la clase media es estúpida?

Mr. Verloc, con voz ronca, estuvo de acuerdo.

—Lo es.

—No tiene imaginación. Está cegada por una vanidad idiota. Lo que necesita ahora es un lindo susto. Éste es el momento psicológico para poner a trabajar a sus amigos. Lo llamé aquí para explicarle mi idea.

(...)

Joseph Conrad. El Agente Secreto.